

La dicotomía del crecimiento y desarrollo en el Hemisferio Sur: las experiencias de la Argentina y Chile

Nora Beatriz Lemmi
Universidad Iberoamericana-México
nora_lemmi@hotmail.com

Resumen

A lo largo de la historia económica de la región latinoamericana pueden detectarse diferentes concepciones de desarrollo, sociedades comerciales con grandes potencias y numerosos puntos de inflexión en políticas económicas, mientras la realidad social pareció multiplicar inequidades y problemas sociales. Adicionalmente, la revisión histórica cuantitativa nos provee de datos sobre el crecimiento errático, recesiones y crisis periódicas que, al decir de Angus Maddison (1999), condenaron a la región a un atraso importante en la evolución del PIB (Producto Interno Bruto) en comparación con las economías del mundo desarrollado.

La situación final de ahogo, sin embargo, alcanzó a la región con la Década Perdida en los ochenta del siglo pasado. Ante la desesperación de la crisis, el agotamiento de las soluciones locales, el deterioro económico y social de una década de estancamiento alternada con recesiones, la región aceptó los lineamientos del Consenso de Washington y su teoría del derrame, que suponía crecimiento con desigualdad tolerada para luego neutralizarla por la propia acción del mercado, el mejor asignador de recursos. En principio, el rápido crecimiento inicial de las nuevas medidas que aconsejaban apertura, austeridad fiscal, desregulaciones y privatización fue empañado por las importantes crisis que sacudieron a las tres principales economías de la región (México, Brasil, Argentina). A partir del 2004, sin embargo, con la incorporación de China e India al mercado mundial de alimentos, los países del Cono Sur comenzaron a crecer en forma relativamente sostenida. Sin embargo, a pesar de los aumentos del PIB de los países del Sur del continente, la disminución en los niveles de la pobreza y su inédita fortaleza frente a la crisis mundial, las asimetrías siguen multiplicándose en nuestras sociedades de contrastes. El alto crecimiento de numerosos países sudamericanos sigue conviviendo con profundas brechas productivas, con la generación de empleos de calidad escasa y con un impacto limitado en los altos niveles de desigualdad en la distribución del ingreso que ubican a la región como la más inequitativa del mundo. Llegado a este punto, como en el año 1930, aparece el dilema crecimiento vs desarrollo y los consejos de los organismos internacionales de la necesidad de “crecer con equidad”.

Desde este contexto, y asumiendo que la región presenta similitudes pero también importantes diferencias en la aplicación de las medidas de país a país, es que particularizaremos el análisis en la Argentina y Chile. Tratando de probar nuestra hipótesis de trabajo - en los momentos que se eligió el crecimiento en la región no se consideró prioritaria la redistribución, y cuando se estableció el desarrollo como objetivo, pareció ubicarse al crecimiento en un segundo plano - es que realizaremos un estudio cualitativo de la historia político económica y una revisión cuantitativa de los guarismos del presente.

Desde este contexto nos preguntamos, ¿cuáles son las premisas que rigen las elecciones prioritarias de crecimiento o desarrollo?, ¿cuáles son las deficiencias implícitas de cada camino ideológico? y, sobre todo ¿cómo convertir el crecimiento en desarrollo en el actual contexto? Dar alguna respuesta posible a estas preguntas se convierte en el objetivo principal de la presente ponencia.

Introducción

En la *Riqueza de las Naciones* (1776) Adam Smith afirmaba que el futuro económico de los países estaba centrado en el trabajo y el trabajo calificado. Desde su esquema de progreso ascendente, la única opción posible era el crecimiento apoyado en las ventajas absolutas que harían más eficiente el comercio de las sociedades en colaboración, donde lo natural era el intercambio. Para ilustrarlo, usaba el campo y la ciudad, señalando que ambos sectores ganaban con la división del trabajo y la especialización (Smith, 1983). Años después, David Ricardo (1817), modificaba la visión original de Smith hablando de las “ventajas comparativas” del comercio mundial. En su esquema había que especializarse, aunque no hubiera ventaja absoluta, para ser parte de una sociedad mundial donde los sectores competían desde la eficiencia. En Smith la riqueza era potencialidad ascendente, para la visión más realista de Ricardo, en cambio, el mundo aparecía en competencia y el progreso no siempre era ineludible.

A finales del siglo XIX, América Latina, en general, iba ganando el mínimo de estabilidad necesaria para planificar su futuro, y las teorías liberales encontraron tierra fértil para aplicarse. Con Inglaterra como primera potencia productora de bienes terminados, algunos países buscaban la inserción final en el mundo desarrollado. Para hacerlo se habían adaptado a la concepción de ventajas comparativas y al papel de productores primarios desde el destino asumido como países pródigos en recursos naturales. Para algunas naciones de la región, esa situación trajo una enorme prosperidad. Los del Cono Sur asociados a Inglaterra, lograron multiplicar vías férreas, aumentar las superficies agrícolas, mejorar la explotación minera. El caso emblemático era Argentina, pero también podemos mencionar a Chile o Brasil. Para los del Hemisferio Norte, como México, América Central o Cuba, la sociedad se producía fundamentalmente con Estados Unidos, el país que se perfilaba como el líder del futuro. Sin embargo, la nación del norte era competidora, más que un socio en las ventajas competitivas, y esa situación iba a complicar los precios de los productos primarios después de los treinta.

Con la primera Guerra Mundial, se encendió la primera luz de alarma del sistema vigente: las dificultades del comercio hacían difícil el transporte de los bienes primarios a Europa, mientras se había interrumpido la producción de las industrias europeas. Ciertos productos comenzaron a escasear, de ahí la necesidad de los países de la región de empezar a producir, con industrias trabajo-intensivas, bienes locales para proveer el mercado, por lo menos en lo más necesario. El resto se reemplazó con importaciones americanas, país en contienda desde 1917 pero fuera del territorio afectado en la Primera Guerra.

El punto de inflexión final en la consideración del crecimiento y el desarrollo para la región lo produjo la crisis del 30, cuando, finalmente, las sociedades comerciales con Inglaterra parecieron colapsar. Un intento de Argentina de volver a la situación anterior se produjo con el pacto Roca-Ruciman de 1933 que fracasó. En un mundo en recesión, los precios de los productos primarios cayeron en picada, así como también los ingresos en divisas de los países latinoamericanos, mientras la importaciones permanecían estables. Es en este punto cuando voces como la de Raúl Prebisch empezaron a alzarse, pidiendo “desarrollo”. La verificación de las diferencias de crecimiento con los países más avanzados (Maddison, 1991), establecieron las bases de la primera explicación: Latinoamérica se encontraba en una etapa previa de desarrollo, sólo bastaba emular al Hemisferio Norte para alcanzar su nivel. Varios analistas, con Prebisch a la cabeza, señalaron lo inadecuado de ese diagnóstico que no consideraba las características particulares de la región (Sunkel, 1978). La segunda explicación fue más inductiva. Estructuralista en su concepción, suponía sectores modernos en coexistencia con otros atrasados y tradicionales, proponía la industrialización para proveer al mercado interno y la intervención del Estado para reducir la brecha (Ibídem). A pesar de los avances, a mediados de los setenta, la diferencia de desarrollo con el Primer Mundo subsistía. Es en este contexto donde aparece la Teoría de la Dependencia, y el requerimiento de la inversión para desarrollar industrias de base como industrias petroquímicas, acereras, refinerías etc. consideradas estratégicas

para el logro de la independencia de la región, en lo que se dio en llamar la tercer fase de la Sustitución de importaciones que tuvo lugar en Brasil, México y Argentina, principalmente.

En la práctica, estas ideas sobre desarrollo y sus evoluciones se vieron influidas por las keynesianas, en boga en el Mundo Occidental dando como resultado un largo período que se extendió por América Latina toda entre 1940 y mediados de la década del setenta, cuando comenzaron a aparecer las primeras señales de agotamiento, luego confirmadas por la crisis de la deuda externa en los ochenta.

Ante la desesperación de la crisis, el agotamiento de las soluciones generadas en la región, el deterioro económico y social de una década de estancamiento alternada con recesiones, la región aceptó los lineamientos del Consenso de Washington y su teoría del derrame, que suponía crecimiento (con desigualdad) para luego neutralizarla por la propia acción del mercado, el mejor asignador de recursos. En principio, el rápido crecimiento inicial de las nuevas medidas que aconsejaban apertura, austeridad fiscal, desregulaciones y privatización fue empañado por las importantes crisis que sacudieron a las tres principales economías de la región (México, Brasil, Argentina). A partir del 2004, sin embargo, con la incorporación de China e India al mercado mundial de alimentos, los países del Cono Sur comenzaron a crecer en forma sostenida. Sin embargo, a pesar de los aumentos del PIB de los países del Sur del continente, la disminución en los niveles de la pobreza y su inédita fortaleza frente a la crisis mundial, las asimetrías siguen multiplicándose en nuestras sociedades de contrastes. El alto crecimiento de numerosos países sudamericanos sigue conviviendo con profundas brechas productivas, con la generación de empleos de calidad escasa y con un impacto limitado en los altos niveles de desigualdad en la distribución del ingreso que ubican a la región como la más inequitativa del mundo. Veinte años después de la aplicación del Consenso de Washington, y contradiciendo su teoría del derrame de la riqueza, el crecimiento parece no resultar en un derrame parejo que neutralice las desigualdades estructurales de la región, que en el 2004, exhibía un coeficiente de Gini promedio de 52.4 (Lustig y Gasparini, 2011). Llegado a este punto, como en el año 1930, aparece el dilema crecimiento vs desarrollo y los consejos de los organismos internacionales de la necesidad de “crecer con equidad”.

Desde este contexto, y asumiendo que la región presenta similitudes pero también importantes diferencias en la aplicación de las medidas de país a país, es que particularizaremos el análisis. Tratando de probar nuestra hipótesis de trabajo - en los momentos que se eligió el crecimiento en la región no se consideró prioritaria la redistribución, y cuando se estableció el desarrollo como objetivo, se puede verificar la consideración del crecimiento en segundo plano - es que realizaremos un estudio cualitativo de la historia político económica desde la época colonial a nuestros días en la región en general, para luego particularizar en dos países específicos: la Argentina y Chile ¿Por qué esa elección? Porque se trata de dos países vecinos con características diferenciadas que han aplicado los grandes lineamientos económicos que han aparecido en la región: uno fue relativamente rico hasta 1930, tuvo una sociedad considerada equitativa, vivió inestabilidades y conflictos que terminaron por sumirlo en períodos de estancamiento y crisis profundas pero que hoy exhibe crecimiento y disminución de la pobreza aunque en un contexto político de gran volatilidad (Argentina), el otro tradicionalmente estable políticamente, desigual en la distribución del ingreso, un país que, después de un traumático golpe de Estado en 1973 que interrumpió su tradición democrática hasta 1990 y ha crecido en forma sostenida por los últimos 25 años sin disminuir significativamente su desigualdad. Ambos han ido variando su concepción ideológica del desarrollo y el crecimiento a lo largo del tiempo, priorizando uno u otro según las condiciones políticas de su entorno.

Desde este contexto nos preguntamos, ¿cuáles son las premisas que rigen las elecciones prioritarias de crecimiento o desarrollo?, ¿cuáles son las deficiencias implícitas de cada camino ideológico? y, sobre todo ¿cómo convertir el crecimiento en desarrollo en el actual contexto? Dar alguna respuesta posible a estas preguntas se convierte en el objetivo principal de la presente ponencia.

I. La historia política y económica

1. Consideraciones previas

Antes de adentrarnos en la consideración actual del desarrollo en nuestros países objeto de estudio, realizaremos una breve aproximación histórica de los distintos momentos que pudieron marcar cambios en la consideración del crecimiento y el desarrollo como objetivos prioritarios. A pesar de ciertas similitudes en las trayectorias de la Argentina y Chile, asumimos las diferencias, sobre todo en la esfera política. Por lo que tratamos de dividir los periodos de análisis en los distintos hitos económicos y especificar las principales características tanto políticas como económicas o sociales que pudieron establecer algún tipo de cambio en la consideración de lo que se estima “progreso”, riqueza, crecimiento o desarrollo:

- %平成 el período colonial;
- %平成 el periodo liberal;
- %平成 el periodo de sustitución de importaciones;
- %平成 el periodo neoliberal, y
- %平成 el momento actual.

Analicemos entonces cada período en particular.

2. Antecedentes históricos

Una vez descubiertas las nuevas tierras y establecida su propiedad de acuerdo a las disposiciones papales y el Tratado de Tordesillas (1494), la Corona se dispuso a regularlas política, social, económica y espiritualmente. Desde España, entonces, se impusieron reglas que cubrían casi todos los campos y que establecían el monopolio español tanto en la migración como en el intercambio de bienes (Hausberger, 2010: 50). En lo político, el régimen inicial de adelantados fue rápidamente reemplazado por otro más centralizado que posibilitaba un mayor control: el de virreyes, con el boato y atribuciones de un rey, pero con un poder delegado por tiempo limitado. El Virrey fue acompañado por las Audiencias en las principales ciudades, conformadas exclusivamente por españoles y que eran las encargadas, entre otras funciones, de cobrar tributo (Montaner, 2001: 63). En la época borbónica, de racionalización administrativa, se agregarían los corregidores y los cabildos. Con el poder político y el económico los ibéricos consolidaron una sociedad estratificada con los nacidos en España en la punta de la pirámide. El hecho de que las tierras pertenecieran al rey aseguraba su papel subordinado de los súbditos al monarca quien imponía normas en casi todos los campos de la vida en el nuevo continente. El pesado sistema de reglas, sin embargo, era muy comúnmente transgredido con negocios bajo la mesa y contrabando con Inglaterra, el productor de bienes manufacturados de calidad de la época. Es así como por estos parajes se popularizó el viejo refrán español: “acato, pero no cumplo”, una frase representativa de la conducta latinoamericana de ahí para adelante y que “servía el mismo objetivo de preservar a la vez la apariencia de lealtad del súbdito y la imagen del rey” (Elliot, 2004: 23).

Desde el punto de vista económico, las tierras conquistadas eran pródigas en recursos naturales. Con la ventaja de las mayores poblaciones nativas en los lugares de explotación minera, la Corona Española vio cumplidos sus sueños de oro y plata de acuerdo al esquema de acumulación mercantilista. Este nuevo tipo de explotación de “recursos naturales” y, lamentablemente, también de personas (Coello, Lara y Cartón, 1978), introdujo “diferentes tecnologías europeas (por ejemplo, vehículos con ruedas, el telar, el arado) herramientas de hierro, nuevos cultivos, ganadería” (Hausberger, 2010: 43), sobre todo en las zonas más ricas como la Nueva España (actual México) o Perú. De esta forma, se iba adaptando los campos y las minas del nuevo Mundo a las necesidades de productos de la Nueva

España, abandonando en el trayecto muchas de las actividades tradicionales de los pueblos nativos (Warman, 1978). Tal como señala Bakewell, “el primer rasgo sobresaliente de la colonización fue el gobierno. El segundo fue la extracción de riqueza” (traducción propia. 2010: 80). Pronto se organizaron cuatro Virreinos: el de Nueva España y el del Perú, los más ricos en el siglo XVI, los de Nueva Granada y el Río de la Plata en el siglo XVIII. La Nueva España sería el más próspero de todos, sobre todo con los Borbones en el poder.

¿En todo este esquema como operaban los territorios de lo que sería posteriormente Chile y la Argentina? En el caso de Chile, era dependiente del Virreinato del Perú y funcionaba como una capitania, bastante aislada, dedicada mayormente a actividades agrícolas, en lucha constante con los mapuches, desde el siglo XVI. El Virreinato del Río de la Plata se estableció en 1776, como una escisión del Virreinato del Perú. Era una extensión de tierra enorme casi dehabitada que ocupaba los actuales Argentina, Paraguay, Uruguay y el Sur del Brasil. Su zona más rica estaba relacionada con el camino de Potosí que bajaba de las minas de las actuales Bolivia y Perú hasta el Puerto de Buenos Aires, la pequeña ciudad que poco a poco se fue convirtiendo en el cosmopolita puerto (para el comercio legal e ilegal) del Atlántico Sur Americano.

A partir de 1810, con el Rey Fernando VII preso, las colonias empezaron su camino a la Independencia. Largos años de inestabilidades seguirían a esa empresa, donde la falta de experiencia política se multiplicaría en luchas intestinas mientras la economía sufría la pérdida de negocios que suponía cortar de cuajo con España. Poco a poco, unos países antes que otros (Chile), fueron estabilizándose mientras Inglaterra empezó a ocupar el papel del socio comercial más importante de la América independiente desde mediados del siglo XVIII, por lo menos del Hemisferio Sur.

3.El período liberal

3.1.Generalidades

Se suele llamar al periodo Liberal latinoamericano, al iniciado en las últimas décadas del siglo XIX que se prolongó algunos años del siglo XX, según la Nación iberoamericana de la que se hable. El período se caracterizó, sobre todo de América del Sur, por la asociación comercial con Inglaterra bajo el esquema de Ventajas Comparativas de David Ricardo (1983). Luego de pacificados los países, la preocupación de las élites en los gobiernos era poblar (Argentina, Chile, Uruguay, Brasil) y crecer. Tratando de emular a los Estados Unidos, el propósito era captar a la migración de la Europa Septentrional, pero la población más receptiva de la idea pareció ser la de la Europa Meridional (Lemmi, 2006).

Desde lo económico, la sociedad con Inglaterra, supuso la venta de bienes primarios, agropecuarios (Argentina, Uruguay, Colombia, Brasil) y mineros (Chile y en menor medida México), pero también supuso sociedad en la producción de infraestructura que mejorara el transporte interno y externo de los productos. Es así como Inglaterra se convirtió en el concensionario de miles de kilómetros de vías de trenes en todo el territorio latinoamericano, pero también intervino en la construcción de barcos frigoríficos, en el mejoramiento de puertos etc. (Lemmi, 2006). Veamos, entonces, las particularidades del período liberal en los países que nos ocupan.

3.2. Período liberal argentino

Se suele indicar al período liberal argentino como iniciado a partir de 1880 y finalizado en 1930 con el primer golpe de Estado militar del siglo XX. Una época marcada por el progreso tanto económico como social, se presenta como el más exitoso de la historia argentina moderna.

Por lo pronto, podemos convenir que el país despoblado, vasto y casi virgen del 1900, requería de enorme iniciativa. Según detectó Juan B. Alberdi, por principio, necesitaba urgentemente población en un enorme territorio de más de 3 millones de kilómetros cuadrados (Floria, García Belsunce, 1992). Alberdi miró al mundo por ejemplos de problemas similares y eligió la solución de América del Norte: la de la inmigración europea septentrional. Aquella que según estudiara Max Weber (2003), había originado el espíritu emprendedor del capitalismo. Pero la Argentina llegaba tarde, esos movimientos inmigratorios se habían acabado prácticamente en 1890. Entonces, las olas de población dispuestas a emigrar provenían de Italia y España mayormente, campesinos y pequeños artesanos que poblarían las pampas, sobre todo el Litoral. Los nuevos habitantes - en su mayoría hombres entre 1860-1880 (Floria y García Belsunce, 1992: 682) - habían sido recibidos con trabajo, pero no fueron demasiadas las tierras fiscales ofrecidas, algunas en Santa Fe otras en Córdoba, dado que los latifundios ya eran una realidad en el país. El grueso de la inmigración se produjo durante las primeras tres décadas del Siglo Veinte con esa población proveniente mayormente de la Europa Mediterránea, que apenas había conocido la Revolución Industrial (Norte de Italia) o que la desconocía por completo (España). Los migrantes (cerca de 5.000.000 hacia 1930) se ubicaron en las ciudades del Este, trabajando en oficios, en la construcción tan pujante o en pequeños comercios (Rojas, 2004). Los grandes empresarios que había ambicionado Alberdi nunca llegaron a estas tierras, y aparecieron muy escasamente, ya que las generosas extensiones pampeanas eran capaces de prodigar riqueza sin demasiado esfuerzo invertido. En esos años, Argentina se convertiría en el granero del mundo, mientras la sociedad comercial con Inglaterra, se había tornado en un importante intercambio de beneficio mutuo que haría del otrora deshabitado país el décimo del mundo con un PBI per cápita más alto que el de muchas naciones europeas, por ejemplo, que el de Francia. La élite dominante conservadora, sospechosamente triunfante hasta la Ley Sáenz Peña (1912), había sabido sacar provecho de las condiciones comerciales y mantener el espíritu de apoyo a la educación propuesto por Domingo Sarmiento con la posibilidad de contratar profesores europeos y hacer de la educación pública el principal bastión de movilidad social. En esos años, la preocupación fundamental era el crecimiento de acuerdo a la idea positivista de la evolución constante. Pero las crisis posteriores demostrarían que la evolución puede convertirse en involución (Lemmi, 2010).

El primer golpe de Estado militar de la Argentina en 1930 en medio de la crisis internacional, marcarían el fin del período liberal argentino y el inicio de las inestabilidades políticas que serían habituales al país por décadas. Por otro lado, a pesar de los intentos por volver a otros tiempos con el Pacto Roca-Ruciman en 1933 fracasaron: la sociedad con Inglaterra se había terminado (Floria, García Belsunce, 1992). Estados Unidos resurgía de sus cenizas como primera potencia, exportadora no sólo de bienes manufacturados, sino de bienes primarios. Ya no habría sociedad posible con un país que no sólo proveía de los productos con los que Argentina no contaba, sino que se presentaba como claro competidor en los mercados tradicionales.

Con esta situación, comenzaba el espiral descendente de la otrora próspera economía argentina. Sin una clase empresaria pujante o innovadora, la riqueza del campo ya no podía ocultar los problemas (Gerchunoff y Llach, 2003). Los términos de intercambio se deterioraban, como señalara Prebisch (1971) y Argentina había perdido su lugar relevante en el mundo. Ante la disminución del crecimiento va apareciendo la preocupación por el desarrollo.

3.3. Período liberal chileno

Se considera al período liberal chileno iniciado en 1891 y finalizado en 1925, en la época que el Parlamento dominó sobre el Poder Ejecutivo multiplicando crisis ministeriales (Silva Galdames, 1995: 257). Exteriormente a Chile se lo llamaba la “Suiza de América” por su relativa estabilidad democrática, sin embargo, internamente la situación social no era la mejor: “me parece que no somos

felices” “se nota un malestar (...) que no de cierto tipo de personas ni de ciertas clases del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha troncado en estrechez (...) El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre las sombras que producen intranquilidad” (cita en Pinto Vallejos, 2006: 24-25). Esta reflexión hecha por el parlamentario Enrique Mc Iver en 1900, refleja también la situación económica: Chile se había convertido en un país minero, fundamentalmente, y a pesar de su sociedad con Inglaterra, sufría las constantes fluctuaciones internacionales de los precios de los minerales. Mientras, seguía existiendo una élite tradicional que generalmente manejaba la política, en un contexto en el que lo más común era la incertidumbre: “la bonanza material descansaba en una economía precaria base mono-exportadora sometida a violentas fluctuaciones comerciales y a un preocupante control extranjero” (Pinto Vallejos, 2006: 25-26). Es que en principio, la propiedad de la principal riqueza del país se hallaba concesionada y eso complicaba la retención de la riqueza, en tiempos donde los países no solían aplicar impuestos importantes a las empresas extranjeras. La sociedad de Inglaterra con Argentina, por ejemplo, produjo crecimiento no sólo por la dimensión del país y por el aumento exponencial de las tierras cultivables (Lemmi, 2006) sino también porque la tierra, que se explotaba en forma extensiva, estaba en manos de pocos, pero eran locales. En Argentina, la población era fundamentalmente urbana, no rural como en Chile, por lo tanto el crecimiento se iba derramando en trabajos, en las administraciones, en los oficios ligados a la pujante construcción, en los servicios, de ahí que la nueva sociedad, fundamentalmente migrante, se fuera perfilando hacia la clase media; mientras la movilidad social por el estudio, que en las grandes ciudades del Litoral, estaba al alcance de la mano, público y de calidad.

Chile en cambio, aunque había recibido inmigración, se presentaba como rural (con explotación más intensiva en latifundios) o en las minas del Norte. Actividades con sueldos precarios y productoras de bolsones de pobreza. Es por esta razón que el festejo del Bicentenario en Chile lo encontraba en una encrucijada con “creciente movilización del proletariado minero, esfervecencia estudiantil, alcoholismo, falta de programas de educación, salud e higiene públicas y absoluta indiferencia a la cuestión social” (Silva Galdames, 1995: 259). Una situación que se plasmó en las palabras del fundador del importante partido de izquierda en Chile: “de todos los progresos de que el país se ha beneficiado, al proletariado, no le ha correspondido más que contribuir en él para que lo gocen sus adversarios” (cita en Pinto Vallejos, 2006:25).

En medio de la Primera Guerra Mundial, el comercio se interrumpió, y provocó una crisis de los dos lados de la frontera. La recuperación de Argentina fue muy rápida ya que en Europa necesitaban alimentos, pero en el caso de Chile provocó la parálisis de las salitreras y la baja del precio del cobre. En lo político precipitaría la crisis que terminaría con el sistema parlamentario.

Pero lo peor estaba por llegar: la crisis del 30 mundial precipitó los precios del cobre a niveles mínimos y Chile fue el país latinoamericano con mayor caída del PIB: “el valor de las exportaciones de cobre y de los nitratos descendió desde los 200 millones en 1929 a 18.1 en 1932; sólo en la explotación de nitratos más de 50 000 trabajadores perdieron el empleo” (traducción propia. Loveman, 2001: 186). La situación se agravó por la sequía y la cesación de pagos y ciertas inestabilidades políticas. De todas formas, a diferencia de su vecino, Chile perseveró en la democracia.

4. El período de sustitución de importaciones

Las dos guerras mundiales y la crisis del 30 con su caída de términos de intercambio habían preparado a Latinoamérica para el cambio en la concepción del crecimiento y el desarrollo. Según Prebisch (1971) ya no se podía imitar a los Estados Unidos porque las características particulares de la región seguían caminos alternos de desarrollo y era preciso eliminar las debilidades y dependencias e industrializar. En principio, este nuevo camino autogenerado en la región dada la necesidad de provisión de los mercados internos, empezó en forma inversa de los procesos del Hemisferio Norte: se

comenzó con bienes de consumo, con formas de producción trabajo intensivas, dependiendo del exterior en la provisión de bienes de capital e intermedios. El efecto inmediato fue la mayor urbanización con las necesidades crecientes de mano de obra y la caída de los salarios rurales debido al deterioro de los términos de intercambio (Lemmi, 2006). El modelo produjo crecimiento inmediato, sobre todo en México y Brasil, países de características más rurales y con mayores mercados internos. A esta primera fase de industrialización, siguieron otras: la segunda de bienes intermedios en los años sesenta (Brasil, México, Argentina, Colombia y Chile) y la tercera de bienes de capital en los setenta, para el caso de Argentina, Brasil y México. Sin embargo, el modelo presentaba problemas que eclosionarían en los ochenta con la crisis de la deuda: gran dependencia de importaciones, deterioro de las exportaciones por los precios internacionales, producción de bienes con bajo aprovechamiento de la economía de escala y baja competitividad internacional (Lemmi, 2006). La industrialización latinoamericana, tal como observara con preocupación el propio Raúl Prebisch, se creó dependiente a pesar de sus reclamos de independencia: se creó mirando hacia adentro, sin considerar la competencia o las necesidades de exportación, lo cual pasaría factura en el futuro: “este tipo de desarrollo está agotando sus posibilidades. Para acelerar su ritmo será indispensable tecnificar la agricultura y elevar notablemente los rendimientos de la tierra. Y la industria tendrá que avanzar hacia formas de creciente complejidad, desbordarse hacia fuera en búsqueda de mercados imprescindibles y conquistar rápidamente la vasta zona interna de impresionante infraconsumo” (Prebisch, 1971: 54). Por otro lado, de acuerdo a las ideas keynesianas predominantes en el mundo, los estados de la región se habían embarcado en la construcción de estados de bienestar para el mejoramiento de la salud y educación en sus respectivos territorios. Si bien el grado de universalidad fue diferente, mucho más inclusivo en Argentina, Uruguay y Chile que en el resto de la región (del Valle, 2009), su financiación más la defensa también keynesiana del pleno empleo, multiplicaban las necesidades locales de fondos externos. Después de una relativa tranquilidad en los setenta mientras los países desarrollados se debatían en la crisis del petróleo, América Latina entró de lleno en la crisis de la deuda de los ochenta, que la dejaría económicamente desvastada mientras socialmente se neutralizaron muchos de los avances del período de Sustitución de Importaciones.

4.1. La Argentina de la industrialización por sustitución de importaciones

En Argentina, a pesar del auge económico, el período liberal había convivido con turbulencias políticas en protesta del fraude sistemáticamente aplicado por el partido conservador en el gobierno, cuestión que había encontrado su climax con el golpe de Estado fallido en 1905 por parte del Partido Radical que, para la época, se había definido “revolucionario”. Desde 1912, se inpidió el fraude a través de la Ley Sáenz Peña, sin embargo, la limpieza de las elecciones no había asegurado un sistema político completamente democrático: “Con las elecciones presidenciales de 1916, en las que se aplicó la ley Sáenz Peña de voto universal, secreto y obligatorio, la democracia política se integró al proceso virtuoso de modernización. Sin embargo, no se insertaron las raíces de las instituciones representativas y republicanas, en medio de los intereses corporativos” (Romero, 2004:16). Esos intereses corporativos no se reflejaban sólo en las clases más acomodadas, sino también en los sindicatos (socialistas y anarquistas) cuya belicosidad creciente los iba convirtiendo en actores de la vida nacional. Por otro lado, los problemas periódicos del financiamiento del Estado provocaron crisis y complicaciones, al punto de ser estudiados como los “ciclos de las crisis argentinas” en 1920 por el mismo Raúl Prebisch (1971). El Estado argentino había tenido participación activa en los años prósperos liberales, tanto en la planificación como en la imprescindible inversión en infraestructura, lo cual resultaba en importantes déficits, de todas formas, había que reconocerle una mejora general del nivel de vida de la población. A pesar de la riqueza generada por la tierra, el ahorro local no se traducía en inversión productiva, como ya señalamos, más bien en aumentos del consumo que muchas veces se dilapidaba en el verano

europeo. Una especie de contrasentido mientras se intentaba integrar a los inmigrantes de ese origen a través de la identidad provista por la educación (Romero, 2004: 17). Sin embargo, con el golpe de Estado cambiaría dramáticamente el contexto político. Se iniciarían las proscripciones y el período de “inestabilidades políticas” (Botana, 2005) con pseudo democracias, con partidos mayoritarios proscriptos (primero el radical, luego el peronista)... situaciones que perseguirían a la Nación Argentina hasta 1983. La preocupación inicial por crecer construyendo infraestructura se convirtió en la de establecer una industria independiente que proveyera al mercado interno de acuerdo a la ideología detrás de la sustitución de importaciones, en un contexto donde el Estado intervenía en casi todos los rubros económicos y priorizaba el aumento de la demanda agregada a ultranza. La idea muy interesante en los papeles, se convirtió en la práctica en una especie de *industrialización a la inversa*, que comenzaba por los bienes de consumo (Cardoso y Faletto, 1977).

Siguieron años de crecimiento pero más lento, y movilidad social que continuaba basándose en la educación, pero cada vez menos excepcional. Despacio, la economía pareció acostumbrarse a las crisis periódicas, el sistema político inestable, al corporativismo donde cada sector tironeaba por sus intereses, a la industria subsidiada, a las deficiencias competitivas, mientras el Estado se aprestaba a encubrir la falta de generación de empleos genuinos con empleos públicos poco productivos. Las obras de infraestructura ya no fueron objetivo primordial de las políticas públicas, salvo que encubriesen algún fin muchas veces populista, el gasto del Estado se convirtió en gasto corriente, principalmente. En medio de una Latinoamérica caracterizada por la desigualdad en las principales economías, Argentina ya no crecía al nivel del período liberal pero la preocupación política por distribuir se reflejaba en una buena provisión de bienes públicos (fundamentalmente salud y educación) y en la garantía del pleno empleo (en medio de gasto público a niveles inabarcables para la Nación). De esa forma, a pesar de las dificultades implícitas, la depresión en los índices de crecimiento no alcanzaba a la población común:

El rol del Estado aumentó durante las dos guerras, especialmente después de la gran depresión de 1929. En esos años, se desarrollaron las herramientas estatales para manejar la economía. Entre 1946 y 1952, durante el primer gobierno de Perón, ese proceso se profundizó a través de la nacionalización de las compañías de servicios públicos, la protección a la industria local, la intervención entre los conflictos laborales. Aún más, bajo el halo de la justicia social, Perón promovió el aumento de salarios de los trabajadores, el desarrollo de la seguridad social mientras incentivaba el crecimiento del mercado interno (Romero, 2004: 17).

Dentro de este contexto, lo que creció en esos años con vigor sin precedentes fue el Estado. Con protecciones, subsidios, nacionalizaciones de servicios públicos y aumento del gasto corriente, el presidente Perón “se gastó lo ahorrado en 1900-1930” de forma que “el peronismo no combatió el capital, lo consumió” (Cortes Conde, 2005:76). Tal como señalara Guillermo O’Donnell: “El Estado se apropió de parte substancial del producido por las exportaciones, mantuvo deprimido sus precios internos y con ello aumentó el nivel de ingresos del sector popular y amplió la demanda efectiva de otros bienes, sobre todo industriales. Pero esto no tardó en generar problemas en la Balanza de Pagos” (O’Donnell, 2004:42). En una estructura donde los productos agrícolas financiaban las políticas públicas y la industrialización, empezó a aparecer inflación. Para evitarla, la medida elegida fue más erosiva aún, retenciones a las exportaciones para mantener los precios internos y posibilitar el incremento de consumo, con lo cual se redujeron aún más las exportaciones ya castigadas por los términos de intercambio (Lewis, 1991).

En los años siguientes al derrocamiento de Perón no se produjeron modificaciones del Estado Interventor. Aún en la época del desarrollismo del presidente Frondizi (1958-1962) y de su impulso de las industrias base y a la inversión extranjera, el Estado no abandonó su papel de productor de bienes y

servicios. Sin embargo, todavía en medio de esos años de grandes inestabilidades, de crisis periódicas, Argentina se mantenía como el país de mayor clase media de América Latina¹. Recién en los últimos años del período, con el advenimiento de la dictadura militar y la primera implantación de medidas neoliberales (1976-1983) empezaría a registrarse una tendencia hacia una mayor polarización, tendencia que se profundizaría notablemente a partir del inicio de la democracia en 1983. Tal cual señala Luis Alberto Romero (2003), la Argentina presenta una clara contradicción: cuando la sociedad era móvil, igualitaria y democrática, el régimen político no le correspondía, por el contrario, el sistema democrático y republicano se “construye y arraiga tardíamente, en el contexto de una formidable desigualdad e inequidad” (2003:102).

4.2. Chile y la Sustitución de Importaciones

Como comentamos previamente, al lado de las inestabilidades políticas de su vecino, Chile mantuvo la cordura democrática y el ejército como garante constitucional, por lo menos, hasta el golpe de Estado de Pinochet en 1973. Durante el período de sustitución de importaciones desarrolló industrias de consumo e intermedias, aunque su nivel de industrialización no alcanzase la fase III de las principales economías de la región. De todas formas, tal como señala Jaime Osorio (2006), Chile mantenía un mercado interno muy pequeño y sus empresas eran de dimensión reducida, cuestión que se reflejó en una baja cobertura sindical en las ciudades². En ese contexto, la capacidad de presión la tenían los trabajadores mineros y los campesinos, que se organizaron en protestas, al abrigo de los partidos de izquierda que adquirieron más relevancia que en otros países de la región. Cuando Salvador Allende llegó al poder (1970-1973), era un político de tradición, y candidato presidencial por cuarta vez. Durante su gobierno profundizó la reforma agraria iniciada por el presidente Frei (1964-1970) con la finalidad de abatir los latifundios y la desigualdad del campo, nacionalizó el cobre siguiendo su frase de campaña “nacionalizando el cobre dejaremos de ser pobres”, la banca y otras empresas privadas. En un principio, logró aumentar el consumo y el salario real chileno, pero pronto la crisis terminaría empobreciendo a la población, cuyo salario real quedó sepultado en el mercado negro y la inflación. El cruento golpe de Estado de Pinochet, el 11 de septiembre de 1973 iba a marcar la interrupción de la democracia en Chile y también la implantación temprana de las medidas neoliberales en la región con su preocupación por el crecimiento.

Como conclusión, fuera de las buenas intenciones de Allende, y salvando las distancias, el caso chileno de esos años, como el argentino peronista, exhiben una importante lección: si la preocupación es sólo por el crecimiento puede aumentar la desigualdad, pero si la preocupación en el gobierno se centra sólo en la distribución, se termina por erosionar los logros de la misma. Para redistribuir hay que crecer parece gritar la realidad, y para crecer en forma integral, hay que preocuparse por la distribución (Sen, 1999).

5. Las políticas neoliberales

5.1. Consideraciones previas

A este altura del análisis podemos inferir que los dos países veían su situación interna complicada. Pero el problema iba a empeorar con la crisis de la deuda externa. Como ya señalamos, la sociedad latinoamericana se encontraba duramente endeudada por años de gasto público relativamente

¹ Según Victor Alba a 1960, la Argentina tenía un 35% de clase media, en Chile y Uruguay contabilizaba un 30% y un 15% en México y Brasil (datos de John Johnson, 1959 en Alba, 1963:73)

² Jaime Osorio describe la situación sindical en Chile que suponía la sindicalización obligatoria para empresas con más de 25 empleados cuando la mayoría de las empresas industriales contaba con planteles menores a esa cifra (Osorio, 2006).

excesivos para los ingresos de la Nación, mientras la inflación devoraba el poder adquisitivo sobre todo de los más pobres, cuestión que se repetía en muchos países de la región:

A la postre en la década del 80 los países latinoamericanos padecieron una profunda crisis, comparable con la de comienzos de 1930.... Los shocks expusieron de forma dramática la vulnerabilidad externa y la falta de flexibilidad estructural de las economías latinoamericanas de todo tipo, así como su fragilidad fiscal (Altimir, 1997: 8).

Ante las restricciones del crédito externo que ya no fluía como en la década del setenta, el aumento de la tasa de interés a niveles casi exponenciales (Toussaint, 2004) el modelo tradicional que suponía tomar créditos externos para financiar el déficit, devaluar y emitir parecía ya no dar respuestas:

La crisis originada por la deuda y la falla de los programas de estabilización heterodoxa allanaron el terreno para la hegemonía del neoliberalismo en la última década del siglo XX. En muchos aspectos, la crisis por deudas o crediticias definieron el diseño de políticas económicas y sociales contemporáneas de América Latina (Lewis, 2003: 55).

Dado que las soluciones de coyuntura parecían no tener efecto (devaluaciones, control de cambios, control de la tasa de interés, precios máximos etc.), “la única alternativa” parecía ser la aceptación de las propuestas por el Consenso de Washington. Se trataba de un set de medidas radicales generadas en el Hemisferio Norte basadas en premisas neoliberales que parecía tener éxito en los países más desarrollados (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania). La propuesta ideada desde la academia por John Williamson que proponía un decálogo de 10 medidas de política pública³ a aplicar en los países latinoamericanos para volver al crecimiento; en lo que se refiere al concepto de crecimiento se basaba en la teoría del derrame, una reedición de la vieja idea de Kuznets⁴ (Kuznets, 1971; Helpman, 2004) que suponía que la desigualdad inicial era un acompañamiento normal y transitorio del crecimiento de los países en su camino al desarrollo. Kuznets estableció una relación de U invertida entre la desigualdad y el producto per cápita que suponía que, a medida que el país, creciera entraría en un estatus de salarios más elevados por la propia presión de la demanda laboral (Kuznets, 1971). Junto con ella, en el Hemisferio Norte dominaba la teoría neoclásica de Solow que estimaba el crecimiento como consecuencia de la inversión, el aumento de la tecnología y la productividad del capital (Ros: 2004).

En Latinoamérica de los setenta, la inversión también se consideraba imprescindible pero como mecanismo para romper con la relación de subordinación en la que se asumían nuestros países, cuestión que complicaba el desarrollo final. Dentro de este contexto, la *Teoría de la dependencia* se concentraba en las características de las relaciones de fuerza globales entre países desarrollados y los países subdesarrollados, como se los llamaba ¿La solución? Una industrialización integral que incluyese bienes intermedios e industrias de base, como un camino final hacia la independencia. Esta perspectiva ideológica dominó los últimos años del modelo de Sustitución de Importaciones.

³ El consenso de Washington propuesto por John Williamson suponía 10 recomendaciones para los países emergentes (disciplina fiscal, priorización del gasto público, reforma impositiva, tasas de interés positivas, tipo de cambio favorable a las exportaciones, liberalización de mercados, privatizaciones, desregulación, inversión interna directa, protección de los derechos de propiedad). Williamson suponía una desigualdad inicial que contribuiría a generar la inversión necesaria para propiciar el crecimiento. A pesar de basarse en la teoría del derrame, Williamson proponía ajustar el gasto eficientemente para asegurar la provisión de bienes públicos de calidad (educación, salud e infraestructura). Ese punto no fue considerado en el Acuerdo negociado por el Tesoro Americano y el Fondo Monetario y los países latinoamericanos.

⁴ La teoría de Kutnezts se basaba en el análisis empírico efectuado por este autor en los cincuenta en distintos países (5 en los cincuenta, 18 países posteriormente). El autor señalaba que el crecimiento suponía una desigualdad inicial más acentuada en los países pobres dada la persistencia de industrias modernas e industrias precapitalistas. Una vez alcanzada la modernización, la desigualdad se neutralizaba.

Ante su fracaso como solución para América Latina, la idea del crecimiento inicial acompañada por desigualdad tolerable volvió al primer plano y con ella la teoría de la U invertida de Kuznets. El problema es que la segunda etapa de reversión de la desigualdad pareció no verificarse, en medio de un contexto mundial donde el propio Estados Unidos ha incrementado la desigualdad.

De todas formas, ante la rápida popularidad de la propuesta, el Tesoro Americano, el Banco Mundial y El Fondo Monetario Internacional firmaron un acuerdo con los distintos países latinoamericanos donde se resumía el Consenso en cuatro medidas fundamentales: apertura comercial, desregulación, austeridad fiscal y privatizaciones. El resultado fue dispar, luego de algunos años de rápido crecimiento (Argentina, 1992-1997) y las crisis sucesivas de las grandes economías de la región entre ellas la Argentina (1994, México, 1999, Brasil y 2001-2, Argentina). Si bien el aumento de los precios de los commodities le dieron un claro respiro a la región - sobre todo en el caso de los grandes gigantes agrícolas, Argentina y Brasil- y los protegieron de la crisis de los países avanzados en el 2008, los cuestionamientos continúan: ¿se debe permanecer en el modelo, como Chile?, ¿se debe rechazar en mayor o menor grado como Venezuela, Bolivia o Ecuador?, ¿se debe mantener una posición por lo menos de crítica como Argentina? ¿o propiciar ciertos cambios subterráneos hacia la exportación de bienes manufacturados como en el caso de Brasil? Para dar una respuesta realizaremos un breve repaso sobre la evolución del concepto de desarrollo en la región, pero primero repasemos la experiencia neoliberal en cada uno de los países que nos ocupan.

5.2.El neoliberalismo en Argentina

1989 fue un año duro en Argentina. En febrero solamente la inflación fue de un 100%. Con una caída dramática del salario real, el crecimiento de la pobreza a niveles desconocidos en el país, y el desempleo en aumento, la crisis política y la social que se traducía en saqueos, el presidente Alfonsín terminó por entregar anticipadamente el poder a su sucesor el peronista Menem en Julio de 1989. El nuevo mandatario había prometido un “salariazó” y una “revolución productiva”. Ya en el poder, sorprendió a propios y extraños: propició un acercamiento con empresarios en su búsqueda de reactivación de la economía, pero fue un año y medio después con el nombramiento de su emblemático ministro de economía, Domingo Cavallo que aplicaría de lleno el Consenso de Washington que se cristalizaría en dos leyes fundamentales, la Ley de Convertibilidad que establecería la imposibilidad de emitir sin respaldo y que fijaría el uno a uno, y la Ley de Reforma del Estado. Las medidas hicieron retornar al país a la senda de crecimiento, con el ingreso de capitales externos, la privatización y racionalización de las otrora deficitarias empresas públicas, la inversión en tecnología, la baja drástica de la inflación y el regreso al crédito para el consumo (Lemmi, 2006). Sin embargo, en medio de la prosperidad aparecían señales de alarma como el aumento del desempleo que alcanzó niveles del 13,1% en 1994, luego de un aumento en 1996, se mantiene en 14.3% en 1997 (INDEC, 2004), año en que la pobreza volvía a aumentar al 26% aún en medio del crecimiento (ibídem). En un principio, se había asumido que la desocupación generada por la racionalización del Estado (más de 300 000 empleos según Dora Orlanky, 1997), se neutralizaría con la mayor inversión privada. Sin embargo, luego del atraso tecnológico de la sustitución de importaciones, las inversiones fueron capital intensivas con poca generación de nuevos empleos. Según García:

El plan de convertibilidad adoptado en 1991 favoreció la estabilidad macroeconómica y el crecimiento. A la vez revirtió la tendencia al deterioro salarial, pero sin recuperar los mejores niveles de los años ochenta, ni tampoco resolver los problemas del mercado de trabajo. En efecto, durante los años ochenta, aumenta el desempleo abierto y el subempleo horario, al mismo tiempo que la precariedad laboral. El desempleo comienza a crecer en 1993, hasta

alcanzar el 18.6% en el año 1995 (...) Una parte de la precarización puede explicarse por la pérdida de garantías asociadas a la ocupación obrera estable, mientras que la otra tiene que ver con la pérdida de empleos del sector público (García, 2004: 8).

A los problemas del propio sistema, se agregaban los efectos devastadores de la crisis mexicana de 1994, en términos del ingreso de capitales. El sistema de convertibilidad suponía ingreso de divisas para mantener el caudal de pesos en el mercado interno. Con la crisis mexicana, los fondos llamados golondrina empezaron a retirarse de los países emergentes, particularmente los de América Latina, creando, en el caso argentino una reducción de la masa monetaria, a lo que se agregaba la necesidad creciente de fondos internos, dados los convenios efectuados entre Menem y las provincias para facilitar la modificación a la Constitución que le diera la posibilidad de reelección. Con estos dos procesos en conjunción, el sistema de convertibilidad se convirtió en una especie de arnés que apretó el sistema al punto de ahorcamiento. 1998 fue un año recesivo que se revirtió con las elecciones de 1999 que ganó el radical de la Rúa con la promesa de mantener el modelo... Por un tiempo la economía mejoró, hasta que, ante los pedidos externos de reducir el déficit, provocaron que el Ministro Machinea aplicara el impuestazo, lo que provocó la vuelta a la recesión. Ante el desastre eminente, el presidente de la Rúa convocó nuevamente al ministro Cavallo, que trató de encauzar el descalabro con medidas drásticas: déficit cero en las provincias y la restricción para el retiro en fondos en efectivos, el “corralito”. El camino a la crisis más grave de la historia argentina se había trazado. En diciembre de 2001, con profusión de saqueos y manifestaciones violentas, el presidente debió renunciar:

En las últimas semanas del gobierno, de la mano de Cavallo, intentó suplir la falta de autoridad con la fuerza. Las últimas medidas de bancarización forzada no hicieron más que profundizar la crisis: dejaron en la calle en pocos días a muchos trabajadores del sector informal de la economía, sembrando odio en los pequeños ahorristas que terminaron presos del sistema financiero. Estos factores confluyeron en los días de furia que arrastraron la caída del gobierno. En los saqueos a comercios, protagonizados por los sectores más carenciados y por los vándalos que nunca faltan y en el inédito fenómeno de los cacerolazos (Laborda, 2001).

Luego de la aplicación de la Ley de Acefalía, y de las efímeras presidencias de Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Súa, quien declaró el default (Rapaport, 2010) y Eduardo Camaño, el Parlamento terminó designando al candidato peronista vencido en 1999, Eduardo Duhalde, quien “ascendió al gobierno con la promesa de terminar con un modelo agotado, con la esperanza de recuperar la producción, el trabajo, el mercado interno y con la intención de promover una justa distribución de la riqueza” (Quiroga, 2010: 24). El nuevo presidente tomó medidas difíciles, a veces controvertidas, como el salir de la convertibilidad y dejar el tipo de cambio liberado con lo que trepó un 300%, la confiscación de ahorros de los plazos fijos, la pesificación de las deudas locales en dólares que creó asimetrías con las deudas empresarias en el exterior etc. Las medidas provocaron la caída en la pobreza del 35% de diciembre de 2001 a casi un 53% en marzo de 2002 (Indec, 2004). La llamada a elecciones en 2003 traería al poder a la “dinastía” Kirchner, de cuyos cambios hablaremos en el apartado siguiente.

5.3.El neoliberalismo en Chile

Dentro del contexto latinoamericano, Chile se había presentado como uno de los países con mayor estabilidad democrática hasta el grave impasse impuesto por el golpe de Estado del General Pinochet en 1973. Esta situación marcó también un punto de inflexión en lo político y social: el mercado pasa a ubicarse como el protagonista de las decisiones económicas, la eficiencia se convierte en el objetivo de todas las políticas públicas, se abren los mercados sin gradualidad, se revierten las nacionalizaciones de

Allende salvo en el caso del cobre. En principio, las medidas no dieron el resultado social esperado con la eclosión de 1982 que supuso un 27% de desocupación en medio de una profunda recesión (Rector, 2003). Las protestas arreciaron, aún en medio de un férreo gobierno militar que mantuvo su rumbo económico a pesar de la crisis. En 1985, sin embargo, mucho antes que el resto del continente, Chile reingresó a la senda de crecimiento sostenido que no abandonó hasta el presente, convirtiéndose en el “milagro chileno” como se lo llama en el mundo. Con la advenimiento de la democracia, el partido de Pinochet fue derrocado por una coalición de izquierda, con preocupaciones del nivel de vida de la población, pero que mantuvo el rumbo económico en medio de las restricciones que establecía la Constitución Nacional de 1980. ¿Ha entrado Chile a la senda del desarrollo a través del crecimiento de más de dos décadas? Algunos dicen que sí, viendo indicadores como el aumento del PIB, el aumento de la matriculación universitaria (Contreras, 2007), la mejora en la esperanza de vida o la drástica reducción de la pobreza. Sin embargo, la leve reducción de la desigualdad pone señales rojas en otros aspectos: un país que sigue dependiendo del cobre con el 82% de las mismas en ese bien primario (CEPAL, 2009), con un mercado interno muy reducido y precariedad en el empleo (Salinas, 2007), que no exporta valor agregado en la cantidad que debería dado su nivel de tecnificación.

6. El momento actual

Este análisis fue realizado hasta el 2010, cuando en Chile comenzaba el gobierno del candidato de derecha Piñera y en Argentina Cristina Fernández de Kirchner caminaba a la reelección. En el caso de Chile, empezaron a surgir algunas protestas sociales en reclamo de mayores bienes públicos como la educación superior, que ya no es gratuita ni siquiera en el caso de la Universidad del Estado. La cuestión parece una demanda contra los criterios subyacentes en el Consenso de Washington reducido, que sólo considera bienes públicos a la seguridad y la justicia, todo lo demás se considero en la esfera del mercado. La evolución del conflicto es un interesante escenario a evaluar en el futuro.

En el caso argentino, se produjeron algunas señales de reversión de las políticas de privatización de los noventa: con la expropiación de los fondos de pensión y la de Aerolíneas Argentinas, una empresa casi quebrada cuyo déficit ahora pagan todos los argentinos vía impuestos. Las razones de las nacionalizaciones se justifican en devolver la riqueza a sus dueños legítimos, los argentinos, sin embargo, en el caso de las jubilaciones parecen encubrir la necesidad de fondos frescos de un gobierno que se encaminaba al déficit fiscal que terminó por alcanzarlo en el 2012. De alguna forma, lo que había sido el doble discurso de Nestor Kirchner durante su gobierno: mantenimiento de las medidas de apertura con un discurso oficial en contra, se plasmó en el Cristina Kirchner con medidas reales correspondientes al discurso oficial: proteccionismo como medida de reducción del déficit comercial, aumento creciente del gasto público en subsidios universales, nacionalizaciones de fondos privados (una costumbre periódica en Argentina), nacionalizaciones de empresas quebradas, etc. ¿Una vuelta a la sustitución de importaciones y su desarrollo hacia adentro, pero ahora en un contexto de globalización mundial? También en este caso, la pregunta la contestará la realidad del futuro inmediato.

II. El desarrollo

A través del breve paneo que hemos efectuado sobre la historia de nuestros dos países, Chile y la Argentina, hemos podido identificar cinco momentos que pueden señalarse también como puntos de inflexión ideológicos en la concepción económica del desarrollo:

a) La época colonial:

Marca un crecimiento subordinado a España, donde se abandonan actividades propias de los nativos y se adaptan a las pautas de consumo europeo. Aunque los territorios de lo que hoy llamamos Chile y la Argentina no presentaban un interés económico especial en cuanto a explotación para esos años ya que se percibían como agrícolas sin demasiada población y lejanos de los verdaderos centros productivos de la Colonia como México o el Alto Perú, tenían la ventaja de contar con costas y la posibilidad de constitución de puertos, lo que le permitía no sólo productos sino inmigración. Con la independencia los dos países pasaron por conflictos e inestabilidades, más agudas en el caso argentino, mientras Chile se presentaba como un país de interés por su riqueza en minerales y Argentina como agrícola ganadero, dada la vasta extensión de sus llanuras.

b) El período liberal:

Como señalamos, el período liberal latinoamericano se caracteriza por el ajuste de la economía local a las del exterior, sobre todo a Inglaterra en el caso del Cono Sur, en un esquema de ventajas comparativas. Chile se convirtió en un importante exportador de nitratos, salitre y cobre, Argentina, en un esquema de planificación económica conjunta con Inglaterra, se tornó en el “granero del mundo”, y en la décima economía mundial. La idea principal era fomentar el progreso y el crecimiento. Como ya señalamos con el advenimiento de la inmigración, la población argentina era fundamentalmente urbana, con salarios más altos que el resto de América Latina, mientras el campo, aunque organizado en latifundios, era de explotación extensiva con poca población, de ahí que los salarios rurales también fueran comparativamente superiores a los del resto de la región. En el caso argentino la idea central de política pública era propiciar las condiciones para el crecimiento económico, educativo y demográfico del país como mecanismo de mejora del nivel de vida y de movilidad social. El caso de Chile, no presentaba el mismo nivel de éxito, dado que su destino económico estaba atado a las amplias fluctuaciones de los precios de los minerales en empresas dominadas por capitales extranjeros, mientras su población era fundamentalmente rural: acomodada en las minas, de bajos salarios, o en latifundios, que en este caso, suponían salarios más bajos por la mayor oferta de trabajadores. La educación también era una preocupación chilena, mientras los sindicatos se consolidaban en un sistema político y social que, a pesar de los conflictos, supo mantenerse en los caminos de la democracia. De todas formas, la preocupación fundamental de los gobiernos de este período en ambos países, era crecer una cuestión que se asimilaba a la idea de “progreso”.

c) La sustitución de Importaciones:

Con la caída de los términos de intercambio, el período liberal finalizaba desnudando las debilidades de un sistema que sólo miraba los requerimientos externos:

En la realidad latinoamericana de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, se reconocían los varios siglos de vigencia de ese proceso de acumulación capitalista y, en especial, el carácter intensivo que adquirió en la segunda mitad del siglo XIX y la primera parte del siglo XX. No obstante si bien se habían generado sectores exportadores dinámicos de creciente productividad y generadores de excedentes, la economía se estructuraba en forma muy diferente (...)La región presentaba una hiperexpansión del sector exportador y un desarrollo o la casi inexistencia de otros sectores” (Sunkel, 1991: 6)

Para reparar esas debilidades, el período de Sustitución de Importaciones se concibió como un esquema de industrialización inducido desde el consumo interno sin demasiadas consideraciones por el comercio internacional. El mismo Prebisch, uno de sus principales promotores, se cansó de señalar que el esquema debía ser ajustado ya que no consideraba la economía de escala, al depender de las

importaciones intermedias, mientras que los términos de intercambio adversos creaban desequilibrios comerciales y el excesivo proteccionismo afectaba la competitividad (Toye y Toye, 2006:25). Ya desde 1930 decía Prebisch: “en los países en desarrollo que se decidieron por la industrialización en ese momento, dicha industrialización se dio en forma poco sistemática, dentro de una gran cantidad de departamentos estancos, con poca intercomunicación, lo que afectaba seriamente lo productivo” (cita en Toye y Toye, 2006: 25). El sistema era rodeado ideológicamente por el keynesianismo, y los estados latinoamericanos tomaron la idea de la participación del Estado en infraestructura como pago de sueldos fundamentalmente, dado el interés por mantener el pleno empleo. En esta época, la preocupación fundamental era el “desarrollo”, como un complejo proceso autoinducido de acuerdo a las características particulares de cada país de la región. Era el “desarrollo” mirando al interior, lo cual, aunado a la incapacidad para generar ahorro e inversión suficiente, complicó el proceso de acumulación capitalista y el futuro económico (Sunkel, 1991). Por otro lado, no se generó gran adelanto tecnológico propio (cuestión que también requería inversión), lo cual se constituye en una cuestión fundamental del proceso de acumulación capitalista tradicional del Hemisferio Norte:

El excedente se generaba, pero por una multiplicidad de razones de origen interno y externo – entre ellas la propiedad extranjera, la sobreexplotación de la mano de obra, la ausencia de infraestructura interna, la falta de un sector empresarial nacional, la carencia de participación y control estatal, el deterioro secular de los términos de intercambio para los productos primarios, la inelasticidad de la demanda internacional para este tipo de productos, y otros factores – una gran parte del excedente generado en el sector exportador, en lugar de reinvertirse y expandirse hacia el resto de la economía, se volvía a transferir hacia los países centrales (Sunkel, 1991: 6).

Aunque si se revisa la historia, el exterior no era el único receptor del dinero vía remesas como sostenía Sunkel. En el contexto latinoamericano, el protagonismo del Estado alcanzaba todas las esferas de la economía y este aumento de protagonismo tenía un importante costo económico. Por otro lado, el empresario típico del capitalismo descrito por Weber (2003) no aparecía en latinoamericana con el mismo esplendor que en el mundo anglosajón, más bien creció en medio de subsidios y protecciones aduaneras: “si bien se logró crear un sector industrial y modernizar en parte el sector agrícola, no se logró fortalecer una burguesía industrial moderna” (Sunkel, 1991: 8). Tal como informaba la CEPAL:

El proceso de industrialización adolece de tres fallas fundamentales que han debilitado su contribución al mejoramiento del nivel de vida a saber: toda la actividad industrializadora se dirige al mercado interno; b) la elección de las industrias se ha hecho por razones circunstanciales, más que por consideraciones de la economicidad; c) la industrialización no ha corregido la vulnerabilidad de los países latinoamericanos (...) La política de desarrollo ha sido discriminatoria en cuanto a las exportaciones. En efecto se ha subsidiado – mediante aranceles y otras restricciones – la producción industrial para el consumo interno pero no la destinada a la exportación (CEPAL, 1961 en Sunkel 1991: 8)

Después de la relativa tranquilidad con que América Latina afrontó la crisis del petróleo y el aumento importante de los créditos externos, los desequilibrios se convirtieron en una grave crisis que se dio llamar “la década perdida” por el estancamiento y la recesión que golpeó el territorio en los años ochenta. Ante la crisis aparece un nuevo cambio ideológico.

d) El período neoliberal:

En un nuevo cambio ideológico del desarrollo al crecimiento como prioridad (Lemmi, 2010), las medidas de apertura y austeridad fiscal se aplicaron uniformemente a lo largo y a lo ancho del territorio latinoamericano a partir del Consenso de Washington. Sin embargo, en algunos países de la región, algunas de estas medidas fueron anticipadas a mediados de la década del setenta con resultados dispares: en Argentina y Uruguay supusieron una apertura comercial sin gradualidad que precipitó a la crisis y fueron discontinuadas en la década del ochenta, en Chile aparecieron con Pinochet, y a pesar de la dura eclosión de 1982 cuando se alcanzó un 27% de desocupación y quebraron los fondos de pensión (Rector, 2003), se mantuvieron hacia el futuro, en México se comenzaron a aplicar con el gobierno de Miguel de Lamadrid (1982-1988) y se profundizaron en el de Carlos Salinas (1988-1994). Sin embargo, fue el éxito de la aplicación de medidas neoliberales en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, y el crecimiento sostenido en Chile desde 1985, en medio del desconcierto de una década de estancamiento en América Latina, lo que le dio el espaldarazo a la aplicación del Consenso de Washington en su versión reducida, tal cual la aprobaban los organismos internacionales y el Tesoro Americano. De las diez medidas propuestas por John Williamson se priorizaron cuatro: austeridad fiscal, desregulación, privatizaciones y apertura (incluyendo apertura de capitales no incluidas en el Consenso original⁵). Otras recomendaciones, tales como apertura gradual, priorización del gasto en salud, educación e infraestructura, consideración de la tasa de interés para alentar la inversión, tipo de cambio favorable a las exportaciones quedaron excluidos de la mesa de negociación, probablemente, porque no se correspondían a los intereses del Tesoro Americano de lograr incrementar las exportaciones norteamericanas a la región. Como ya fue mencionado, luego de un crecimiento inicial, se produjo una importante ola de crisis en las tres principales economías (México, 1994; Brasil, 1999; Argentina, 2001). Las eclosiones que también se produjeron en el Sudeste asiático en 1997 o en Rusia en 1998, fueron imputadas principalmente a la entrada de capitales de especulación, lo cual según Stiglitz da una sensación falsa de prosperidad que termina drásticamente con la salida brusca a los primeros indicios de problemas (Stiglitz, 2003). Internamente, podrían agregarse otros factores que contribuyeron a la agravación de esa condición: la pérdida de empleos por la aplicación de las necesarias privatizaciones y desregulaciones no absorbidas por la actividad privada, el efecto de la modernización de las industrias en necesidad de inversiones de capital y el reemplazo de las trabajo intensivas de la época de sustitución de importaciones, la apertura del mercado de bienes en forma no gradual (Lemmi, 2006). Luego de más de dos décadas de aplicación, sin embargo, esas cuestiones fueron neutralizadas por el incremento de venta de commodities a las nuevas potencias del mundo, China e India. Hoy, los países del Cono Sur, exhiben las mayores tasas de crecimiento del mundo, aunque esa situación debería imputarse a cuestiones ajenas al Consenso de Washington. En medio de esa relativa prosperidad, destaca Brasil que está diversificando exportaciones en productos manufacturados, lo cual le permite incrementar su exportación de trabajo. Socialmente, los países latinoamericanos del Cono Sur, mayormente, exhiben crecimiento y reducción de la pobreza, acompañados por una suave disminución de la desigualdad. Según Nora Lustig y Leonardo Gasparini (2011) las causas de esa reducción se están agotando⁶, requiriendo medidas expresas de política pública, de educación y planificación estratégica para corregir las cuestiones estructurales que afectan a

⁵ Ver crítica de John Williamson a la medida que, según él, agregó volatilidad (Williamson, John (2003), “An agenda for restarting growth and reform” en Kuczynski, Pedro-Pablo y Williamson, John (editores) (2003), *After the Washington Consensus. Restarting growth and reform in Latin America*, Washington D.C., Institute of International Economics).

⁶ Nora Lustig y Leonardo Gasparini indican como causas de la disminución de la desigualdad: el aumento de la cobertura en educación, la mejor situación macroeconómica que resultó en un aumento de los empleos, la neutralización de las causas del aumento de la desigualdad por las reformas estructurales de los noventa, la superación de las crisis que aumentan transitoriamente la desigualdad pero luego la reducen cuando la economía vuelve al crecimiento (Ver Lustig y Gasparini, 2011).

nuestras sociedades desde el pasado y hacia el futuro. En consejo de “crecer con equidad” del Banco Mundial pretende volver la mirada de los países hacia la necesidad de volver a discutir el desarrollo. En la misma línea, la CEPAL recomienda reducir la “brecha productiva” existente entre las empresas globalizadas y las que no lo están, de forma de lograr un desarrollo parejo y sostenido.

En el caso de los dos países que nos ocupan, ciertos conflictos internos o materias pendientes parecen exhibir la necesidad de una planificación económica más integral. Mientras la precariedad en el empleo de Chile puede relacionarse con sus exportaciones mayoritariamente en cobre, y su imposibilidad de transferir al exterior altos guarismos de valor agregado para compensar su pequeño mercado, sus éxitos parecen no ser suficientes para una población que hace visibles sus demandas.

El caso argentino parece aún más grave: convive con baja inversión desde el 2001 y alto consumo, lo que la está llevando a los caminos de la inflación y al límite de su capacidad productiva, pero en ese contexto el gobierno insiste con las viejas medidas tradicionales de incentivo a la demanda agregada, complicando las reglas del juego que cambia constantemente, y de esa forma, reduciendo aún más las posibilidades de inversión. En ese contexto, el gobierno profundiza los problemas con el uso expansivo del gasto público en subsidios universales, que si bien mejoran el nivel de vida a corto plazo, podrían terminar generando más inflación hacia el futuro y con ello un mayor deterioro al salario real. Como respuesta, y para evitar la evidencia estadística de estos problemas, se intervino el Organismo Nacional de Estadísticas y Censos desde el 2007...

Una vez más Argentina está eligiendo la redistribución sobre el crecimiento. Esta elección probó ser nefasta en el pasado. Tal como señalara Sen (1999), una planificación gubernamental eficaz supone considerar ambas cuestiones al mismo tiempo, en el camino final hacia el desarrollo.

A modo de conclusión

De lo analizado anteriormente podemos identificar cambios en la consideración del crecimiento y el desarrollo. En la época colonial, se pensaba en el crecimiento de España de acuerdo a los criterios mercantilistas de su momento. En el período liberal, el crecimiento era el camino al progreso de acuerdo a un esquema de Ventajas comparativas en sociedad con Inglaterra, principalmente. Ni en un período ni el otro, la planificación económica era independiente, más bien estaba subordinada a las necesidades del país con el cual se establecían los lazos comerciales. Durante el tercer período, se produce un punto de inflexión del crecimiento al desarrollo, aunque el mismo estaba concebido mirando hacia adentro con las limitaciones propias del mercado interno (Sunkel, 1991). En un contexto más global, Latinoamérica se adaptaba a la moda keynesiana general, tomando algunas características y descartando otras: el gasto gubernamental se dirigía a la provisión de bienes públicos y al mantenimiento de la demanda agregada a través de la generación de empleos, muchas veces improductivos. Con la década perdida y su importante crisis económica y social, se produjo un nuevo cambio de paradigma del desarrollo al crecimiento según la teoría del derrame subyacente en el Consenso de Washington; teoría que asume una desigualdad inicial luego compensada por la mayor inversión y creación de empleos. La realidad es que la teoría parece no acomodarse en un subcontinente con alta propensión al consumo en sus clases altas y un limitado espíritu emprendedor (Sunkel, 1991), lo cual en la práctica, suele no resultar en la creación masiva de empleos. Tal como señalan Unhoff, Vera y Ruedi:

Dos transformaciones acompañan la dinámica del desarrollo de las economías. Por una parte, la transición demográfica de la sociedad, que refleja los cambios en la fecundidad y mortalidad en la población y que se traduce en importantes modificaciones en la estructura por edades y en los volúmenes estacionarios de la población a largo plazo(...) Por la otra, los cambios en el mercado de trabajo, que resultan del volumen y la asignación de recursos productivos entre sectores

económicos, y que explican la migración y la urbanización de la fuerza de trabajo y el grado de formalización del empleo (Unhoff, Vera y Ruedi, 2007: 111).

Si la población sigue creciendo y no se generan empleos de calidad, el resultado suele ser la informalidad y la precariedad en el empleo, cuestión que es moneda corriente en la mayoría de los países de la región. Por otro lado, en los análisis de América Latina, se suele convenir en la necesidad de invertir más y más eficientemente en salud y educación como medida para mejorar a largo plazo el bienestar general. Sin embargo, el caso argentino presenta particularidades que no deben soslayarse. Como parte de su pretérito estado de bienestar, el país exhibía sistemas de salud y educación que eran un ejemplo en el continente, sin embargo, la erosión de las crisis y el estancamiento dejaron su impronta de deterioro en ambos, sobre todo en el sistema educativo, tal cual lo reflejan las pruebas internacionales PISA desde el 2000. De todas formas, la inversión en salud y educación no agota las necesidades de política pública que deben atender también a la equidad:

Nuevos estudios muestran que las políticas de educación y salud sólo deben actuar como complemento de otras, más amplias y centrales, encaminadas hacia los factores que crean y reproducen la pobreza, y que hacen que el proceso de crecimiento económico sea sistemáticamente inequitativo, ya que afectan la distribución primaria del ingreso (...) en situaciones de gran concentración de la riqueza el efecto multiplicador del crecimiento derivable de las inversiones en capital humano, se debilita o tiende a desaparecer. La explicación de estos graves efectos negativos es que la concentración de la propiedad induce grandes ineficiencias en la ubicación de los factores productivos, desestimula las inversiones no divisibles, el desarrollo de nuevas tecnologías y la inversión en educación (Puyana y Farrán, 2003: 13).

Hoy, el país con mayor matriculación universitaria de Latinoamérica (CEPAL, 2009) coexiste con los mayores y más sostenidos índices de desocupación, un flagelo que no se soluciona con flexibilidad laboral (según la solución de Williamson, 2003) tal como surge de las lecciones de Chile, sino que tiene que ver con la generación de empleos genuinos en un contexto de incentivo a la inversión productiva y al crecimiento:

Para ser eficaces, los programas de políticas sociales deben partir de una estrategia generadora de empleo, puesto que éste es el vínculo fundamental entre el desarrollo económico y el desarrollo social. Desde el punto de vista económico, la fuerza de trabajo es una de los principales factores de producción, y su importancia va en aumento debido a que el capital humano es elemento clave para el crecimiento económico y la productividad. Desde el punto de vista social, el empleo es la principal fuente de ingreso de una inmensa mayoría de los hogares latinoamericanos (Stallings y Weller, 2003: 143).

Tener en cuenta estos aspectos podría regresarnos al “vivir con lo nuestro”, frase de Aldo Ferrer que fue tantas veces recordada en esta última década por muchos de los detractores al “modelo” neoliberal y que la Argentina de Cristina Fernández parece quere revalorizarse. Volver al pasado tan linealmente nos llevaría a ignorar las visibles lecciones del presente. Un presente que supone un país envuelto en la globalización mundial, donde el aislamiento resultaría en atrasos mayores y en una imperdonable condena. Cualquier esfuerzo por mejorar el nivel de empleos en el país tendría que concatenarse con el incentivo a la inversión de punta en tecnología, de forma de propiciar la exportación de trabajo en productos competitivos y de calidad. En una palabra, la idea es “exportar lo nuestro” preferentemente elaborado y abandonar la concepción que se parece más a mirar el propio ombligo ignorando al contexto mundial.

En los años cincuenta, Solow, en su conocido modelo neoclásico de desarrollo, suponía que el subdesarrollo era una consecuencia de la falta de capital (a su vez resultado de la baja capacidad de ahorro local) pero consecuencia de “una falta de incentivos para invertir que tenía su origen en una tasa baja de rendimiento del capital” (Ros, 2004: 17). En ese contexto, la solución era la inversión que posibilitara los rendimientos crecientes a escala y la reasignación de recursos entre las actividades más productivas a las menos productivas (Ibídem: 23). Algunas observaciones surgen de la evaluación del modelo de Solow en el caso argentino. Con respecto a la generación de ahorro para inversión, el problema subsiste, agravado por una clara propensión al consumo y por las inestabilidades políticas que terminan por alejar no sólo los fondos de inversión locales sino los externos⁷. ¿La posible solución? Tal cual estableció el premio Nobel Douglass North desde el neoinstitucionalismo, hacen falta reglas del juego claras y estables y el reconocimiento de los derechos de propiedad (North, 2003).

Por otro lado, queda el supuesto de los rendimientos crecientes. Si bien el modelo de Solow era considerado en la época de sustitución de importaciones, los rendimientos crecientes a escala no llegaron masivamente a los países latinoamericanos, dado lo pequeño de sus mercados en general y la falta de consideración de la exportación de productos de alto valor agregado, un tema que ya consideramos precedentemente. Primera lección del pasado que no debe olvidarse, para parafrasearla, podemos indicar que el desarrollo supone hoy fabricar para el mundo, productos de calidad y competitivos, tal cual lo estableció el éxito de los países del sudeste asiático. Desde esa perspectiva, es posible todavía lograr rendimientos crecientes a escala, tal cual se verifica en la industria automotriz latinoamericana (sobre todo en Argentina, México y Brasil) pero como un esfuerzo corporativo de las multinacionales más que como un logro local.

De lo precedente se desprende las implicancias que la idea de desarrollo supone con el objetivo de lograr el verdadero derrame de los beneficios del crecimiento (condición sine qua non) a la población de un país. Cuestiones que, a través de la historia, parecen no haber tenido una consideración integral. Para terminar recordemos las palabras de Prebisch dichas en 1971 pero que guardan su vigencia aún en nuestros días:

Estoy seguro de que hemos de seguir examinando el proceso de desarrollo, como sólo como un fenómeno de la economía, sino también como algo que tiene onda significación social y política. Todos estamos persuadidos de que los problemas no se resolverán solos; habrá que solucionarlos con acción consciente y deliberada, es decir, con la introducción de una racionalidad sistemática en las grandes decisiones de política del desarrollo económico latinoamericano. Pero esas decisiones no podrán circunscribirse al campo de la economía. Hay que buscar formas compatibles con el afianzamiento de los derechos humanos en América Latina que son todavía una expresión teórica para una gran parte de la población económica y socialmente sumergida (Prebisch, 1971: XVI).

Referencias Bibliográficas

Alba, Victor (1963), “La planificación y los mitos del desarrollo” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.25 No.1 (Enero – abril, 1963) en www.jstor.org Pp.67-114.

⁷ Argentina se encuentra en el séptimo lugar en América Latina como destino de inversiones directas, precedido por Brasil, Islas Vírgenes, Islas Caimán, Chile, México y Colombia según el “Reporte Mundial de las inversiones 2010 de las Naciones Unidas sobre el Comercio y Desarrollo en Falbo, Ana (23 de julio de 2010, “Moderada recuperación de la inversión extranjera en el país” en *Diario La Nación*)

Altimir, Oscar (1997), “Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: Efectos del ajuste y del cambio de estilo de desarrollo” en *Desarrollo económico* Vol. 37 No.145, Abril-junio 1997. Pp.3-30 en www.jstor.org

Bakewell, Peter (2010), “Colonial Latin América” en Knippers Black, Jan, *Latin America: its problems and its promise. A multidisciplinary Approach*, USA, Boulder Co, West New Press en <http://site.ebrary.com>

Botana, Natalio (2005), “La promesa de la República” en *La Nación testimonio de tres siglos. 135 años*. Sumario, Buenos Aires, La Nación. 4 de enero de 2005.

Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo (1977), *Dependencia y desarrollo en América latina. Ensayo de interpretación sociológico*, México, siglo XXI editores.

CEPAL (2009), *Anuario estadístico para América Latina y el Caribe* en www.eclac.org

Coello, Manuel, Lara, Sara María y Cartón, Humberto (1978), “Capitalismo y campesinado indígena (los choles del Estado de Chiapas) en *Raza y clase en la sociedad postcolonial. Un estudio sobre las relaciones entre los grupos étnicos en Caribe de lengua inglesa, Bolivia, Chile y México*, Madrid, Unesco. Pp.336-351

Cortés Conde, Roberto (2005), “Los ciclos de la economía, qué hicieron los gobiernos ante cada desafío” en *La Nación Testimonio de tres siglos. 135 años*”. Sumario del 4 de Enero del 2005.

De Ferrantis, David et al. (2005), *Desigualdad en América Latina ¿Rompiendo con la historia?*-Banco Mundial Alfaomega.

del Valle, Alejandro (2009), “Sistemas de bienestar, servicios educativos y desigualdad en América Latina” en *Iberofórum, revista de Ciencias Sociales*, Año IV, No.8, Julio-Diciembre 2009 en www.uia.mx/iberoforum
Pp. 163-199

Elliot, John (2004), “ Rey y Patria en el mundo prehispánico” en Mínguez, Víctor y Chust, Manuel (editores), *El imperio sublevado*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones científicas. Pp.17-36

Falbo, Ana (2003), “Moderada recuperación de la inversión extranjera en el país” en *Diario La Nación* del 23 de julio de 2010.

Florescano, Enrique y Menegus, Margarita (2000), “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808) en *Historia general de México, versión 2000*, México, Centro de estudios históricos, Colegio de México. Pp. 309- 430.

Floria, Carlos y García Belsunce, César (1992), *La historia de los argentinos*, Buenos Aires, ediciones Larousse.

García, Mariana (2004), *Fuentes de información sobre salarios: metodología y series. Documentos de trabajo*,. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Económicas, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Marzo de 2004.PP.1-29 en www.redalyc.org

Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas (2003), *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Ediciones Larousse.

Hausberger, Bernd (2010), “ La economía novohispana 1519-1760” en Kuntz Ficker, Sandra (coordinadora), *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, México, El Colegio de México.

INDEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2004), estadísticas de actividad, desempleo y pobreza de hogares en www.indec.gov.ar consultado en Octubre de 2005.

Kuczynski, Pedro-Pablo y Williamson, John (editores) (2003), *After the Washington Consensus. Restarting growth and reform in Latin America*, Washington D.C., Institute of International Economics.

Kuznets, Simon (1971), *Economic growth of Nations*, Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.

Laborda, Fernando (2001), “La vigencia de un nuevo estigma” en *La Nación. Testimonio de tres siglos*, Buenos Aires, 21 de diciembre de 2001, diario La Nación.

Lewis, Colin S. (2003), “Estado, mercado y sociedad: políticas e instituciones de acción económica y social en América Latina desde 1900” en Puyana, Alicia y Farfán Guillermo (coordinadores), *Desarrollo, Equidad y ciudadanía*, México, Plaza y Valdés.

Lewis, Louis (1991), *The argentine capitalism*, Cambridge, Harvard University Press.

Lemmi, Nora (2006), *Las crisis de la transición democrática argentina*. Tesis de Maestría en sociología presentada en la Universidad Iberoamericana. Ciudad de México. En proceso de publicación.

(2010), “los desafíos del desarrollo argentino: reflexiones sobre el Bicentenario” en *Estudios, revista del centro de Estudios Avanzados, No.23-24, Enero-diciembre de 2010, Córdoba, Universidad de Córdoba. Pp.107-124*

Loveman, Brian (2001), *Chile, the legacy of hispanic Capitalism*, Oxford, Oxford University Press.

Lustig, Nora y Gasparini, Leonardo (2011), *The rise and fall of Income Inequality in Latin America, CEDLAS, Working Paper 0118*, Universidad Nacional de la Plata en www.cedlas.econo.unlp.edu.ar

Maddison, Angus (1997), *La exonomia mundial 1820-1992. Análisis y estadísticas*, Paris, Perspectivas OCDE

Montaner, Carlos (2001), *Las raíces torcidas de América Latina*, Madrid en www.hacer.org

North, Douglass (2003), *The role of institutions in economic development*, October 2003, Role Discussion Paper, ONU en www.unece.org

O'Donnell, Guillermo (2004), "Human development, human rights and democracy" en Guillermo O'Donnell et al. (editores) *The quality of democracy*, Notre Dame, University of Notre Dame.

Orlansky, Dora (1997), "Crisis de 1989. Reforma del Estado, reestructuración laboral y reconversión sindical 1989-1995" en *Estudios Sociológicos*, Sept-dic.1997 en www.hemerodigital.unam.mx/anuies/colmex

Osorio, Jaime (2006), "El sistema político chileno 1932-1973: representación limitada y razones estructurales para su fractura" en Zapata, Francisco (compiladores), *Frágiles suturas: Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, México, el Colegio de México. Pp. 259-267.

Pinto Vallejos, Julio (2006), "Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena durante el siglo XX" en Pinto Vallejos, Julio y Argudín, María Luna (compiladores), *Cien años de propuestas y combates. La historiografía chilena del siglo XX*, México, Universidad Latinoamericana, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades.

Prebisch, Raúl (1971), *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura económica.

Puyana, Alicia y Farfán Guillermo (coordinadores) (2003), *Desarrollo, Equidad y ciudadanía*, México, Plaza y Valdés.

Quiroga, Hugo (2010), *La República desolada. Los cambios políticos de la Argentina (2001-2009)*, Buenos Aires, Editorial Edhasa.

Rapaport, Mario (2010), *Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia*, Buenos Aires, Editorial Planeta.

Rector, John (2003), *The history of Chile*, New York, Palgrave Mc Millan.

Ricardo, David (1985), *Principios de economía política y tributación (selección)*. Primera edición 1821, Buenos Aires, Biblioteca de Economía. Hyspamérica

Rojas, Mauricio (2004), *Historia de las crisis argentinas*, Buenos Aires, Distal.

Romero, Luis Alberto (2003), *La crisis argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

Ros, Jaime (2004), *La teoría del desarrollo y la economía del crecimiento*, México, CIDE.

Stallings, Barbara y Weller, Jürgen (2003), "La generación de empleo en América en los años noventa: base fundamental de la política social" en Puyana, Alicia y Farfán Guillermo (coordinadores) (2003), *Desarrollo, Equidad y ciudadanía*, México, Plaza y Valdés.

Sen, Amartya (1999), *Nuevo examen de la desigualdad*, Madrid, Alianza Editorial.

Silva Galdames, Osvaldo (1995), *Breve historia contemporánea de Chile*, México, Fondo de Cultura Económica.

Smith, Adam (1983), *La riqueza de las Naciones. Tomo I*, Buenos Aires, Editorial Hyspamerica.

Stiglitz, Joseph (2003), *Globalization and its descontents*, New York, Norton Company Ltd.

Sunkel, Osvaldo (1991), “del desarrollo hacia adentro al desarrollo desde dentro” en *Revista mexicana de Sociología*, Vol. 53, No.1, (enero-Marzo 1991) Pp.3-42 en www.stor.org

Toye, John y Toye, Richard (2006), “Raúl Prebisch y los límites de la industrialización” en Filippa, Susana (coordinadora) *Raúl Prebisch, el poder, los principios y la ética del desarrollo*, Buenos Aires, Banco Interamericano de BID-INTAL en www.iaclb.org Pp.20-32.

Toussaint, Eric (2004), *La bolsa o la vida: las finanzas contra los pueblos*, San Sebastián, Tercera Prensa.

Uthoff, Andras, Vera, Cecilia y Ruedi, Nora (2007) “La relación de dependencia del trabajo formal y brechas de protección social en América Latina y el Caribe” en Sojo, Ana y Uthoff Andras (compiladores), *Desempeño económico y política social en América Latina y el Caribe. Los retos de la equidad, el desarrollo y la ciudadanía*, México, Naciones Unidas.

Warman, Arturo (1978), “Marco histórico de las relaciones interétnicas” en *Raza y clase en la sociedad postcolonial. Un estudio sobre las relaciones entre los grupos étnicos en Caribe de lengua inglesa, Bolivia, Chile y México*, Madrid, Unesco. Pp.228-335

Weber, Max (2003), *El espíritu del capitalismo*. México, Siglo XXI editores.

Williamson, John (2003), “An agenda for restarting growth and reform” en Kuczynski, Pedro-Pablo y Williamson, John (editores) (2003), *After the Washington Consensus. Restarting growth and reform in Latin America*. Washington D.C., Institute of International Economics.